

LA ENERGIA.

LAS GRANDES RESERVAS ESPIRITUALES DE NUESTRAS MONTAÑAS.

Una raza es, ante todo, escribió Renán, un molde de educación moral. Las ciudades se pudren; cuanto más grandes son antes se descomponen. Pingajos de una gran idea-la asociación para la simplificación del esfuerzo y del dolor-, esas ciudades hieden en el llano. Ved cada día mayor-jadeante ya, el esfuerzo de los educadores. A las pandemias, algolagias y degeneraciones renovadas sin cesar por una monstruosa ley fundamental biológica, tan parecida a la biogenética de diferenciación y concentración complementaria de Ferriere-, oponen cada día una idea genial, pero en la que se nota el ~~www~~ tártago de la impotencia para salvar esas comunidades de hombres, esas conglomeradas de regiones y pueblos.

El viejo sentimentalismo ha fracasado en su cruzada de redención, como en sus resoluciones sociales el industrialismo nuevo. El hombre, como autor de sangre, y la máquina como acumuladora de riquezas, no sólo semejan la felividad, sino que, por exceso de velocidad y energitismo, destruyen los delicados valores espirituales humanos. Hoy más que nunca, después de la gran guerra, se puede apreciar eso. El hombre había caído en la crisocracia, muy estúpida, dejándose arrebatar por el vértigo del lucro; su alma era imagen de esa discontinua y torpe potencialidad financiera que, lejos de crear un sentido ético de la vida, un trabajo armonioso y dulce del espíritu y del cuerpo, monopolizaba la labor y el radio moral de su acción. Produce una melancolía desgana ver a los educadores correr detrás de los obstáculos, aplicar a las exigencias anormales de la vida moderna maravillosas virtualidades sanas, vigorosos equilibrios, sin que se vean resultados definitivos, sin que se compruebe científicamente su mejoramiento para aumentar la tragedia, la ciencia de nuestros días pasa por crisis profunda, ella misma renovando fatigosamente sus disciplinas, revisando con cierta angustia su propio rotatismo, los postulados y aporías que dejó cierta ~~www~~ atrás en una marcha forzada hacia la falsa aurora de la síntesis.

¿Por qué no volver los ojos a las montañas? En el caso preciso de nuestra Patria, donde nadie se entiende para acordar el genio de la Raza con la ley de hierro del progreso, ¿por qué no recordar que únicamente Suiza nos aventaja en altitud media, en sistemas orográficos? ¿Por qué no buacar en esas sierras la fortaleza de ánimo, la masculina, noble, pura y profunda sensación de vida que otorgan? Es nuestra Patria casi una isla; las tierras bajas del litoral son tan escasas que ocupan sólo, de la totalidad de nuestro país, una décimaquinta parte; sus formidables osaturas, imponentes espiazos de vigor inagotable, integran, funden y soldan nuestro vasto organismo nacional; y ni del mar, ni de las montañas, hacemos maldito ca-

so. Es más; se puede sostener que tenemos odio al mar y miedo a las sierras. Todas nuestras leyes están hechas de espaldas a las cordilleras y con el solo objeto de degradarlas, de aislarlas y de despoblarlas. La imbecil tenacidad con que hemos ido arrebatando a nuestras montañas sus hijos y sus riquezas, resultan ya una colosal obra maestra de estupidez. El mar nos ha dado mucha gloria, pero nos ha costado muy caro; la montaña nos ha servido de reflejo en nuestros errores sociales, pero toda nuestra historia no es sino una lucha de ganaderos y campesinos, de esteparios y hombres de meseta con trashumantes y montaraces. Y, entre ese odio y ese medio, nadie, ni los artistas siquiera, han determinado buscar en las sierras la luz, la pureza y el aire que nos falta. Donde está, entre nosotros, un hombre como Ruskin, un libro como *Old Mountain Beauty*? Porque no se trata de sanatorios, ni de albergues o refugios alpinos, con su escuela de excursionistas y montañeses trepadores, con ser eso necesario, y bello y utilísimo, lo que hace falta en nuestra Patria es volver los ojos hacia las grandes reservas de espíritu que poseemos en esos montes, en los que hemos abandonado nada menos que las esencias de nuestro genio de Raza. Causa pena leer por ahí que es imposible o lo parece, escribir la Psicología nacional, concretar en qué consiste el genio de nuestro país. Y es que todos meditan en el fondo de los valles, en las grietas de las estepas, en los escondrijos de las llanuras, y no ven su Patria desde arriba, ni se atreven a subir ni considerar desde lo alto, abarcando en conjunto lo que no aciertan a ver en detalle, viendo en la realidad que sólo consiguen apreciar en valores de lejanía y perspectiva. Y maypr pena produce el que hasta ahora no se ha conocido de esas montañas otra cosa que sus pasos o desfiladeros, sus puertos o adradas, montes trágicos por donde los hombres de una cuerca comerciaban o se mataban con los de otra.

La montaña es un lugar tan fatal para la educación del espíritu, como puede serlo la ciudad moderna cuando en la montaña solo se ven paisajes, así sean de aquel tipo masculino del que decía nuestro Giner que "se notaba en el esfuerzo indomable que intenta abrirse paso a través de obstaculos sin cuento". El paisaje, por si solo, no es educador; sabido es que es casi siempre un estado de alma-vulgar es que para revelarse en el alma su belleza clara, necesitan los ojos educación, los músculos entrenamiento, la inteligencia juicios de gusto. Subir a la montaña para ver paisajes es un ejercicio excelente para la salud y el mas sublime de los balcones para esparcimiento del ánimo; pero en las montañas, en nuestras montañas, hay esperándonos el alma entera de la Raza, su verdadero espíritu, y energia, más energia, que es una cosa distinta de la que se crea en los primarios de un transformador, o en el campo magnético de los alternadores, muy distinta asimismo de la que

origina un grande hombre de Ostwald o de Troland o de Simón Patten. La energía que nos espera allí en el secreto de nuestra verdadera espiritualidad, de nuestra varonilísima contextura moral histórica, la que ha de contornear nuestra figura racial en el mundo con su espléndida originalidad; la que hemos de entregar a los educadores de la conciencia nacional para que encarnen en ella su eugénica, su psicología biológica. Se puede subir a nuestras montañas como subió el marqués de Villaviciosa de Asturias al Naranco de Bulnes; como Hernández Pacheco o Hugo Obermaier; ello crea audacia viva, genio sano, ciencia pura; mas allí donde llegan los escaladores de cimas, los buscadores de glaciares, los geógrafos innovadores, ¿por qué no ha de ir el literato y el sociólogo? Qué clase de literatos son esos que, viviendo en el país más montañoso de Europa, exceptuando Suiza, viven entre montañas ajenas a ellas, tan ajenas como pueden estar a la teoría tetraédrica de Lawthian Green, ¿a la lectura del formidable libro de Suess? ¡Si apenas las literaturas regionales poseen libros descriptivos, enormes amplificaciones líricas, entre cuya instrumentación straussiana se oye el cuerno de la sinfonia del Guillermo de Rossini! Y no es eso. No se trata de ~~literatos~~ buscadores de romances de lobos, mas o menos pardos; se trata de literatos y sociólogos que vayan a nuestras montañas a buscar en ellas la salud de la Raza, degenerada e inerte, en sus mesetas y llanuras, siempre de espaldas a esos montes, en los que Alfonso XI escribiera su admirable Libro de Montaña.

Dicen los que vuelven de excursión a la montaña que se vuelve más bueno y más sano, con un adorable optimismo en la voluntad. Ello es lo que traerían los sociólogos de vuelta de esos montes más difíciles de escudriñar y entender de lo que parece. Tan difícil es, que a los artistas mismos pasman. Es en aquellas majadas, en los chozos, en los villorrios colgados de picados y llambrias, en los puebluchos perdidos en los recovecos y hondones de las sierras, gente perdida y sucia toda ella, donde está hace siglos el verdadero genio de la raza? Si, es allí donde está, si, y es en ellos, mas que en las montañas, aunque sea necesario decir de ellos lo que del poeta decía Goethe, que para entenderle es preciso estudiarle en el país donde vive. Allí están las grandes, las eternas reservas de sangre y espíritu que necesita el alma moderna y la ciudad moderna. Nuestras montañas, hoacas e inhospitables, de peligroso acceso en su mayor parte, conservan por eso mismo, mejor que otras cualquiera, el tesoro de nuestro modo de ser, lejos de fanfarronadas y de lo pintoresco, sobre todo de esto último que el dominio del orgulloso habitante de las ciudades malea cuanto observamos. Maragall, el buenísimo poeta, había observado que las ciudades que están cerca de una montaña se espan-

La energia.-4

tán de si mismas y sienten fuertes impulsos de desparramarse por los aledaños, cumbre arriba. Como esas ciudades, el alma de la raza busca hace tiempo sus sierras porque intuye que allí existe algo que le es necesario para revelarse en su verdadera singularidad. Hay algo más que argón y ozono en nuestras sierras, poseemos en ellas inmensas reservas espirituales. Y hoy ~~quiere~~ ^{quisiera}, después de la gran guerra, la ciencia quiere superarse y cada raza definirse como es, antes de alguna tentativa de solidaridad moral universal, hoy más que nunca, es necesario acudir a esas montañas y sembrar en las ciudades su masculinidad clara, pura, noble y buena. Sobre todo, su bondad.

EUGENIO NOEL

SALUD, Madrid Nbre 1919